



Con la colaboración de Carlos Morán  
Prólogo de Alba y Emilio, hijos del autor  
Epílogo de Lourdes Maldonado

BUENAS, SOY

# EMILIO CALATAYUD

Y VOY A HABLARLES DE...



alienta

**Emilio Calatayud**

**Buenas, soy  
Emilio Calatayud  
y voy a hablarles  
de..**

© 2014 Emilio Calatayud,  
con la colaboración de Carlos Morán

© Centro Libros PAFP, S.L.U., 2014  
Alienta es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.  
Grupo Planeta  
Av. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta  
Imagen de cubierta: © Jesús Marín - *Diario de Cádiz*

ISBN: 978-84-15678-73-1  
Depósito legal: B. 2.736-2014  
Primera edición: marzo de 2014  
Preimpresión: Victor Igual, s.l.  
Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# SUMARIO

<b>DEDICATORIAS Y AGRADECIMIENTOS .....</b>	<b>9</b>
<b>PRÓLOGO.....</b>	<b>13</b>
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>15</b>
<b>1. CÁNCER .....</b>	<b>27</b>
<b>2. POLÍTICA .....</b>	<b>37</b>
<b>3. CRISIS .....</b>	<b>45</b>
<b>4. HIJOS.....</b>	<b>53</b>
<b>5. TIRANOS .....</b>	<b>63</b>
<b>6. TRASTORNOS .....</b>	<b>71</b>
<b>7. INTERNET .....</b>	<b>77</b>
<b>8. PADRES.....</b>	<b>93</b>
<b>9. LEY .....</b>	<b>107</b>
<b>10. JUSTICIA .....</b>	<b>127</b>
<b>11. DECÁLOGO.....</b>	<b>135</b>
<b>12. ESPERANZA.....</b>	<b>157</b>

<b>13. REPASO</b> .....	165
<b>APÉNDICE</b> .....	168
<b>EPÍLOGO</b> .....	171

# 1. CÁNCER

## EL DIAGNÓSTICO

Buenas, soy Emilio Calatayud. El invierno que hizo de puente entre 2008 y 2009 fue malo para Azucena, mi mujer, y, por añadidura, para todos los que la queríamos. Sufrió varios catarros violentos y una neumonía. Una tos ronca no la abandonaba ni de noche ni de día. Aunque siempre fue menuda y ligera, tenía una constitución de adolescente, adelgazó demasiado. Estábamos preocupados.

La primavera y el verano fueron peores. A finales de junio de aquel año, Azucena se sometió a una serie de exhaustivas pruebas médicas. Acabábamos de volver de la boda de nuestra sobrina y ahijada Eva en la soleada Formentera, pero ella no terminaba de encontrarse bien. En sus pulmones había una mancha que resultó ser un tumor maligno especialmente complicado. Ése fue el diagnóstico. A partir de ese momento, todo fue cáncer.

El barco se había quedado sin velas y amenazaba con navegar a la deriva. Pero la familia, que es lo más importante, cogió los remos y sorteó la zozobra.

Emilio, mi hijo mayor, había finalizado sus estudios de Far-

macia y tenía previsto viajar a África para colaborar con una ONG. Renunció y sustituyó a Azucena al frente de nuestra botica.

Alba, la pequeña, también iba a dejar Granada para cursar una carrera en Madrid, pero se resistía a irse. Deseaba cuidar de su madre. Su hermano la convenció para que se fuera. Le dijo que formarse en la universidad sería su contribución a la familia.

Como es natural, Azucena no quería el cáncer en su vida y nosotros tampoco. Nadie lo quiere. Pero aprendimos a sobrellevarlo. Lógicamente a ella le tocó enfrentarse a la parte más dura: dos delicadas intervenciones quirúrgicas, quimioterapia, radioterapia... Y salió adelante.

En cuanto a mí, estaba de los nervios. Cuando escuchas la palabra «cáncer» te asustas y las dudas se agolpan en tu cabeza. Dependiendo de cómo esté el paciente, el ánimo va de un extremo al otro. Ahora la euforia y, al instante siguiente, el dolor y el pesimismo. Es como tener fiebre. La mente no para. El trabajo pasa a un segundo plano. Vives a plazos. Todo gira alrededor del cáncer.

Todo es cáncer.

## MESES FELICES

Gracias a Dios, el tratamiento funcionó y los médicos no detectaron células malignas en el castigado organismo de Azucena. La naturaleza nos había concedido una tregua. El cáncer es una guerra que se compone de muchas batallas. Y hay que librarlas todas.

Mi mujer cogió peso y empezamos a hacer excursiones a las playas de Granada y de Málaga, donde el verano dura diez meses. Pescadito frito, la brisa marina, un ligero bronceado... Azucena tenía un aspecto inmejorable. Nadie diría que había estado enferma.

De cuando en cuando, me invitaban a dar alguna conferencia y ella venía conmigo. Lo pasábamos bien. Fueron unos meses felices. Técnicamente estaba curada.

## UNA METÁSTASIS

Pero un mal día la tregua llegó a su fin. Azucena había pasado las sucesivas revisiones y nada hacía presagiar lo que ocurrió. Volvíamos de Málaga, donde, precisamente, habíamos participado en un acto de la Asociación contra el Cáncer. El destino tiene estos caprichos. Yo iba al volante, y mi mujer, en el asiento del copiloto. De repente, empezó a hablar de forma incoherente y, acto seguido, sufrió un ataque epiléptico. Todavía no sé cómo, pero conservé la serenidad y no sufrimos un accidente. Rápidamente, la llevé al hospital en el que la habían tratado para que la examinasen. En los pulmones seguía sin haber nada, pero el problema se había trasladado: los médicos encontraron una metástasis en el cerebro. La fiebre del desasosiego retornó con más fuerza si cabe.

No teníamos tiempo para lamentarnos. Había que actuar con celeridad. Azucena debía entrar de nuevo en el quirófano. Conocíamos muy bien al neurocirujano que la iba a intervenir: era mi hermano. La enferma estaba en buenas manos. No nos equivocamos. La operación fue bien y, en pocos días, recibió el alta; sin embargo, era el inicio de otra batalla. Una más: Azucena debía someterse de nuevo a varias sesiones de radioterapia, esta vez, en la cabeza.

Al poco tiempo, perdió el pelo —algo que no le había ocurrido hasta entonces, pese a la dureza de la medicación— y volvió a adelgazar ostensiblemente. Además, estaba como desorientada. A veces, se quedaba mirando la televisión y yo sabía que no veía nada. Su mente estaba en otro sitio. En esos momentos yo me preguntaba: «¿Qué estará pensando?».

Entramos en otra fase de bandazos en la que se alternaban la esperanza y el temor. Si estaba con ella, mal, pero si no estaba con ella, peor.

«¿Qué estará pensando?». Ahora, con la perspectiva del tiempo, me doy cuenta de que esa incógnita no tiene respuesta. Es imposible saber de verdad cómo se siente un enfermo que es consciente de que puede morir en cualquier momento. O la víctima de una catástrofe o un atentado terrorista... Tienes que pa-

sar por ello. Por más que quieras, no puedes meterte en su piel. Y yo digo que es una suerte que sea así. De lo contrario, no podríamos vivir.

Es una suerte, y ahora hablo como juez de Menores, que no podamos ponernos en el lugar de un hombre que ha perdido a su mujer porque le ha volado la cabeza de un tiro el hijo de ambos, un niño de sólo catorce años. Ese hombre existe; yo lo he conocido. Y después de la tragedia seguía queriendo al chaval. Al acabar la vista, ambos se fundieron en un abrazo. ¿Quién puede juzgar a ese padre? ¿Qué habríamos hecho nosotros?

## LA DESPEDIDA

Azucena no estaba bien, eso era obvio, pero no esperábamos un desenlace inminente. Era el verano de 2011. Mi hijo estaba en la farmacia y mi hija se había cogido unas pequeñas vacaciones. Hacía mucho calor en Granada. El día, tranquilo. Era un espejismo. Azucena tuvo una muerte rápida e indolora. Llamé a los servicios de emergencia, pero no pudieron hacer nada. Me despedí de ella. Fue el 25 de agosto de 2011 a las catorce horas y dos minutos.

La noche anterior habíamos estado hablando en el jardín de lo humano y lo divino. Fue una conversación sosegada y profunda. Ella se fumó un cigarro y yo otro. Ahora sé que fue su forma de decirme hasta siempre.

## VIUDO Y VIEJO

Hace poco me hicieron una entrevista y el periodista me preguntó que si me arrepentía de algo. Sobre todo —respondí— de no haber dicho más veces a mi mujer y a mis hijos que los quería. Es una de las lecciones que me enseñó el cáncer. Es uno de los lados positivos del cáncer, porque los tiene. Aprendes que para los enfermos es tan importante el cariño como los medicamentos. Sé de personas a las que les dieron seis meses de vida, pero vivieron dos años porque siempre había alguien a su vera que les decía que las quería: una esposa, un hijo, un amigo...

Tras el fallecimiento de mi mujer, me quedé vacío y sin fuer-

zas. Llevaba muchos meses hiperactivado y la constante tensión nerviosa me pasó factura, llamó a mi puerta para cobrarse lo suyo.

Me fui a Ruidera, en Ciudad Real, mi otra patria chica, a la casa en la que tantas vacaciones estivales habíamos pasado juntos Azucena y yo. Me senté en el porche y me vi viudo, viejo y solo. A mi lado estaba la urna que contenía las cenizas de mi mujer.

Tenía cincuenta y cinco años, pero es que me casé con Azucena cuando ella apenas había cumplido los veintiuno, y yo, los veinticuatro. Éramos unos niños. Alguna vez he dicho que mi mujer se crió conmigo. Y ahora no estaba.

No sabía qué iba a ser de mí. Quizá me hiciera adicto al trabajo o me daría a la bebida... Yo qué sé. Estaba abierto a todo. Así se lo dije a mis hijos. Pero, al final, me limité a sobrevivir. Supongo que fue una especie de mecanismo de defensa. Me levantaba, iba al juzgado, comía algo y me echaba una larga siesta. Me despertaba ya avanzada la tarde, daba un pequeño paseo —el agotamiento no me abandonaba—, cenaba algo por ahí y volvía a la cama. De lo que se trataba era de pasar el menor tiempo posible en una casa que se me caía encima. Al día siguiente, vuelta a empezar. Otro día más. La rueda de la rutina giraba y giraba. Aunque lo parezca, yo creo que no era una depresión. Estaba triste, sí, pero no hundido. Era una etapa del duelo y tenía que atravesarla.

No quedaba otra.

## SIN HISTORIA

Mis hijos estaban ahí, claro, pero el mayor tenía que encargarse del negocio familiar y Alba estudiaba en Madrid. Y no convives tanto como cuando eran pequeños, es normal. También tenían que seguir construyendo sus vidas. Y ahí fue muy importante el papel de Sofy y Mathieu, sus respectivas parejas.

A mí, aunque suene frívolo, el fútbol —soy hincha del Real Madrid, pero sin fanatismos, de «La Roja», con fanatismos, y simpatizante del Granada CF— me ayudó a ir orientándome.

Las reuniones con los amigos del Albaicín para ver los partidos fueron un buen antídoto contra la soledad y la tristeza. No es nada científico, pero a mí me sirvió. Me apoyé mucho en Torcuato y Miguel, dos taberneros que son tan buenos para levantar el ánimo como el mejor de los psicólogos. Gracias a ellos conocí bien a Estani, un profesor de música especialmente dotado para el blues con el que había coincidido alguna vez, pero sin profundizar. Nos hicimos buenos amigos y llegaron las confidencias. Estani tenía una hermana que padecía un cáncer de mama muy avanzado. Los médicos poco podían hacer ya por ella. Hablamos mucho. Pronto se sumó a las tertulias otra hermana de Estani. Y congeniamos. Ya lo he dicho en otra parte: los vecinos del Albaicín nos ayudamos.

Empezaba a tener la mente más clara y caí en la cuenta de lo que me sucedía: me había quedado sin historia, o al menos, eso fue lo que sentí entonces. Durante todo el tiempo que estuvimos juntos, Azucena y yo habíamos tejido un relato que sólo nosotros dos conocíamos, habíamos compartido vivencias que eran exclusivamente nuestras. Y era eso lo que había perdido.

Hoy tengo claro que no estaba equivocado, pero tampoco era lo cierto. Seguí recordando muchos momentos de mi vida con Azucena. A menudo, le digo que la quiero y le doy las gracias por lo que me ha dado y lo que me da.

Pero el tiempo fue atemperando los recuerdos —los dulces, los buenos, los malos y los peores— y, poco a poco, fui reinventándome. Era yo, pero no era el mismo. Y la «hermana de Estani» adquirió personalidad propia. Pasó a ser algo más, mucho más. El cáncer nos había unido. Y, casi sin darnos cuenta, estábamos tejiendo un nuevo relato. Entonces entendí que las historias no se pierden ni se solapan: se engarzan unas con otras y forman parte de un todo. Es lo que llamamos nuestra vida.

Actualmente estoy en plena forma física y espiritual. Hay quien dice que soy un juez blando —lo cual es, cuando menos, discutible—, que soy demasiado amable con mis «choricillos» —así es como llamo cariñosamente a los «clientes» de mi tribu-

nal—. Tengo una respuesta para eso: si la vida me ha dado a mí una segunda oportunidad, ¿cómo no voy a dársela yo a los chavales a los que juzgo?

**Posdata:** Cuando redactaba estas líneas, me he acordado a menudo de mi padre, el abogado don Carlos Calatayud —al que ya me he referido al principio de este libro y del que volveré a hablar ahora—, que entró en una larga agonía justo cuando a Azucena le descubrieron el cáncer. Él estaba en Ciudad Real, donde desarrolló toda su carrera como jurista, y lo visité siempre que pude.

Mi padre siempre me decía que yo no era un juez estrella ni un juez estrellado, sino una persona con estrella. Tenía razón. Ahora mismo, y a pesar de los pesares, soy moderadamente feliz.

### Apéndice

Reflexionar por escrito sobre la muerte de mi mujer ha sido doloroso, pero también liberador. Pero este capítulo no estaría completo sin el comentario que hice el 6 de septiembre de 2009 en el blog que comparto con Carlos Morán, cuando decidimos hacer público que Azucena estaba enferma. Ella creía —y nosotros, su familia, estuvimos de acuerdo— que podía servir para ayudar a otras personas. Precisamente por eso he querido que aquel desahogo forme parte de este libro. Es la fotografía de un momento angustioso y, a la vez, cargado de esperanza. Decía así:

«A finales del pasado mes de junio, mi mujer, Azucena, se hizo una serie de pruebas que determinaron que tenía un cáncer... Un cáncer de pulmón. A partir de ahí, cambia completamente su vida y la nuestra, la de su familia. Todas nuestras perspectivas cambian de repente. Todos los esquemas se rompen, pero también te das cuenta de la importancia de la familia y de la unión. Mi mujer, que es farmacéutica, tuvo que darse de baja, y mi hijo, que acababa de terminar su carrera cuarenta y ocho horas antes, la sustituyó. Él tenía la idea de irse a Inglaterra o a trabajar con una ONG en Sierra Leona, y yo le había animado

a que lo hiciera. Pero me dijo: “No te preocupes, yo me hago cargo del tema”. Sólo tiene veintitrés años. Mi hija, de dieciocho años, tiene que irse a estudiar a Madrid, pero duda. Quiere quedarse junto a su madre. Su propio hermano la convence de que tiene que estudiar, que va a ser una época muy bonita de su vida y que tiene que divertirse, pero que nunca debe olvidar que lo principal es sacarse la carrera..., que ésa va a ser su contribución a la familia. Se produce una unión tremenda entre todos. Es la parte bonita de esta historia. Porque dentro de lo malo, nadie quiere que le pase esto y nosotros no somos una excepción, hay una parte bonita. Otro de los efectos de esta situación es que lo vives todo con mucha intensidad. El trabajo pasa a un segundo plano. No estoy tranquilo ni estoy nervioso: estoy acorjonado. Creo que todo el mundo entiende qué es lo que quiero decir. No sabes qué va a pasar y el ánimo cambia a cada instante. Azucena ha sido operada dos veces y, gracias a Dios, ha salido bien... Ya le han dado el alta. Pero ahora tiene que empezar la quimioterapia y de nuevo, la incertidumbre. Al oír la palabra “cáncer” se te revuelven las tripas. No sirve de nada negarlo. Te entran todas las dudas del mundo. A lo largo de las veinticuatro horas, y dependiendo de cómo se encuentre mi mujer, el ánimo va dando bandazos. De repente, lo ves todo negro y al minuto siguiente estás lleno de esperanza. Cambias de pensamientos cinco mil veces al día. Así que acabamos agotados. La intensidad cansa, cansa mucho. Pero insisto en que hay cosas positivas. La respuesta de las personas que nos quieren está siendo extraordinaria. Gracias a nuestros familiares y compañeros de trabajo y amigos, porque son ambas cosas... Para un enfermo de cáncer es tan importante el cariño como las medicinas. Por eso queremos dejar patente nuestro agradecimiento a los profesionales que han atendido a mi mujer. Gracias a Sara, no recuerdo el apellido, que fue la residente que nos atendió en las Urgencias del Hospital Ruiz de Alda y que tuvo el detalle de llamarnos a casa para comunicarnos lo que estaba pasando. Gracias también al neumólogo José Manuel González de Vega y al cirujano Abel

Sánchez Palencia, que nos han brindado un trato que ha ido más allá de lo profesional para meterse en el terreno del cariño: ni Azucena ni yo tenemos palabras para ensalzar su honestidad y buen hacer. Gracias también a Carlos, enfermero; al médico Javier Zafra... Y a Chon, Esperanza, Fina, Maite, Vicky, Pilar... Estamos teniendo una atención inmejorable. Pero también es cierto que hemos observado falta de medios. Es vergonzoso que en España, donde contamos con uno de los mejores sistemas sanitarios públicos del mundo, haya una sola enfermera para toda una planta llena de pacientes... y pacientes que están graves. Tengo la impresión de que se pierde mucho dinero en «chuminás» y en burocracia, cuando tenemos unos profesionales realmente buenos. Mi mujer tenía y tiene plena confianza en los médicos y en el personal de aquí. Nunca se planteó la posibilidad de viajar al extranjero para tratarse. Porque la sanidad pública andaluza funciona bien a pesar de la burocracia. Nunca pensamos en abandonar Granada. También tengo que decir que hemos querido contar lo que nos está pasando porque pensamos que es bueno que se hable. Nosotros no queremos ocultar el problema que tenemos. En cuanto tuvimos la confirmación de que era cáncer, se lo dijimos a nuestros amigos. Es bueno desahogarse. Es bueno expulsar lo que lleva uno dentro. Hay que cuidar al enfermo y a los cuidadores del enfermo. Gracias por seguir ahí».